

Turbocrónicas

MARCO AURELIO CARBALLO

Mejor preguntar que platicar

León Tolstoi afirmaba que la conversación es lo mejor para arruinar las relaciones. Juan Rulfo decía que en su familia nadie platicaba entre sí. Cuando un conversador es consciente de que hay un malentendido, se la pasa reiterando las frases, corregidas. También ofrece una y otra vez explicaciones. Los maleducados preguntan, ¿me entendiste?, y los educados, ¿me explico? Pero todo esto ¿cómo resolverlo en el reporterismo, en cuyo desempeño pareciera ser habitual la tergiversación? Menudean las aclaraciones corteses o los desmentidos airados. Bueno, se resuelve preguntando. Por si hay un malentendido y para ofrecerle un buen servicio al lector y no al poderoso vivaldes que responde con rodeos y sin claridad. Nunca creí que pudiera caer en ese error, aunque lo haya suscitado una confusión. Estaba en el aula de un grupo de estudiantes de los últimos dos semestres de la carrera de ciencias y técnicas de la comunicación de la UAM-Xochimilco. Había asistido en calidad de invitado a dar una charla sobre el oficio de reportero y sobre el género de la entrevista. En las preguntas y respuestas, empecé a hablar de las coincidencias entre reporterismo y narrativa. Ahí se incubó el embrollo. Para mí...

Como todo provocador, les había dicho que después de la fundación de un diario, cuando traté a egresados de escuelas de periodismo, opiné que los buenos reporteros iban a salir pronto de las aulas. No de entre los “destripados” de otras carreras como sucedió en mi época. Pero, tras conocer a aquella docena de licenciados, empezando de cero porque ignoraban todo, las cosas treinta años después estaban peor. Ahora había más escuelas y la carrera seguía de moda, pero los graduados salían igual. Sin la menor idea... En el colmo ni siquiera plantean preguntas y desconocen las estructuras de los géneros periodísticos. Es más, en el afán de innovar, afirman que de las seis preguntas clásicas ya sólo quedan cinco al eliminar el dónde. Una chica, cobrando ya como reportera, sostiene que ninguna importancia tiene decir dónde se efectúan las entrevistas.

Pero ante aquellos futuros periodistas inhibí mis provocaciones porque los miré interesados a fondo en su carrera. Por cierto, eso de comunicólogos es una palabra horrorosa impuesta por la burocracia priísta. Así que de pronto estábamos ya enfrascados en el asunto, ellos preguntando y yo contestando. El maestro anfitrión, René Avilés Fabila, tiene un truco para interesar a sus alumnos. Él hace las primeras preguntas.

Entonces vino la cuestión de qué hacer cuando el personaje no contesta lo que le preguntan. Pero mal



Alfredo Cardona Chacón

entendí que el compañero quería saber sobre la actitud del narrador en cuanto a si deja al personaje actuar con autonomía o lo mantiene sujeto a los designios del autor. En mi caso, contesté, permito al personaje manifestarse con libertad. Pero en la novela policíaca se le mantiene a raya para someterlo al guión del autor. Ni modo que el héroe se convierta en asesino o viceversa. Petunia, quien estuvo presente, me increpó a la salida por haber malentendido. El estudiante se refería al personaje entrevistado, no al de un cuento o novela. Pero olvidense de eso. Ante aquel estudiante yo había caído justo en la misma situación que él preguntaba cómo

resolver. Una vez aclarado el punto ¿qué procedía? Escribir una Turbo, me dije. Así que concluyo que el camino es porfiar en ese caso. Incluso en las entrevistas se lee cuando el reportero le dice al entrevistado, tras una parrafada de éste, que la pregunta ha quedado sin respuesta. Hay que preguntar hasta dos o tres veces. Las dos primeras por si hay un malentendido o el tipo está sordo. ¿Será mi caso, víctima de dos o tres sarampiones? Luego de la tercera insistencia no habrá duda de que el entrevistado no quiere hablar del asunto, revelando además su falta de recursos mentales. "Off de record", dicen unos en

susurros. Me reservo el derecho de no contestar, dicen otros, altaneros.

El único Carlos Duayhe del mundo

Lo primero que me dije en el intercambio de nombres fue que a lo mejor había escuchado mal o que era una broma, o uno de esos chistes recurrentes en las familias. En este caso, familia periodística porque se trataba de dos colegas de un diario de Coatzacoalcos, el director general y el director editorial. Así que cuando Gabriel se paró al baño, le pregunté a Carlos, viejo amigo, cuáles eran los apellidos de su jefe. García Márquez, contestó. No juegues, le dije. No juego, así se llama, Gabriel García Márquez (GGM). Gabriel volvió a la mesa y aún no procesaba la cantidad de pensamientos que se me habían venido a la mente. Por ejemplo, la única vez que me busqué en Internet un periodista con mi nombre completo y apellido apareció en Brasil. Me asusté y no volví a efectuar esa clase de búsquedas.

Gabriel García-Márquez (así con el guión) escribe poesía. Cuando le comenté en tono de pésame que tenía la ventaja de que si el tocayo absoluto escribía poemas no los publicaba, este Gabriel dijo que sus poemarios aparecían con el seudónimo de Gabriel Gamar. Pero él toma el asunto con filosofía, como se dice, o esa impresión da. Quizá debido a que después de muchos años terminó por asimilar la coincidencia nominal. Además, abogado primero y ganadero después, habían transcurrido ya como cuatro decenios a partir del cañonazo de Cien años de soledad. Ahora que este GGM se dedicaba al periodismo, a los cincuenta y pico de edad, tomó la decisión sensata de usar un seudónimo desde que publicó su primer libro. Algo parecido sucedió conmigo, pero me dije en su momento que los caminos entre Emmanuel Carballo, crítico jalisciense, y el de la tecla, reportero y narrador

soconusquense, eran como las vías del ferrocarril. Tu di que Emmanuel es tu tío, dijo Beatriz Espejo, la esposa de mi medio tocayo, cuando nos conocimos.

El único malentendido en mi caso fue muy distinto al de García-Márquez, director general del diario Liberal del Sur, de Coatzacoalcos, Veracruz. Yo estaba casado con doña Bru, pero tenía el presentimiento de que iba a divorciarme so pena de amanecer una mañana convertido en cucaracha sin haber escrito nada a la altura de Kafka. Cierta vez llegué a casa y doña Bruja me recibió con una parrafada de maldiciones. Me acusaba de bigamia por haberme casado con otra. Ella había recibido una llamada telefónica de felicitación para mí, después de la boda de Emmanuel y de Beatriz. Como pude me salvé de acabar convertido en sapo.

El poeta Gamar dijo que él vivía en San Ángel igual que el autor de Crónica de una muerte anunciada y los dos alquilaban apartados postales en la misma oficina de correos. Cierta vez fue a dar al casillero de García Márquez, el famoso, el sobre con un cheque en dólares para García-Márquez, el poeta. De inmediato se hicieron las visitas correspondientes y la esposa del Gabo le devolvió el dinero a la esposa de Gamar. Después al poeta le llegó un boleto de avión para asistir a un congreso de escritores en Sudamérica. Cuando Gamar le habló a su tocayo absoluto, éste le dijo: Pues ve tú... Desde luego eran ya conocidos. Antes del cheque y del boleto de avión, Gamar se había presentado en casa de García Márquez. Abrió la puerta el hijo, quien le avisó al padre, dándole la tarjeta del visitante: Ahí estás en la puerta buscándote...

Más perplejo que dominado por la risa le hice muchas preguntas a este GGM sobre confusiones y malentendidos. Quien estaba riendo era Carlos Duayhe, el director editorial del Liberal del Sur. Una risa telúrica porque mi amigo ríe como Pérez Prado, mambeando con los hombros. Por supuesto, ni siquiera me atreví a preguntarle si él había pasado por algo parecido en su vida. Debe ser el único Carlos Duayhe del mundo.

Cascarrabias a bordo

Aquella mañana había perdido el paso de un microbús y enseguida del trolebús. Por indeciso y por distraído. El día anterior un amigo me había cancelado una comida y la situación iba a repetirse, sospechaba. Él vivía en Coatzacoalcos. Su viaje llevaba un atraso de tres o cuatro semanas. Él era de esos y yo rumiaba aquel estado de cosas cuando por fin subí al microbús, en División del Norte rumbo al centro. El chofer tenía el radio a todo volumen. Dos mujeres habían bajado por la puerta de adelante y otra más de gran caderamen acababa de sentarse en el primer asiento. Al pagar, el chofer pisó el acelerador y salí impulsado de bruces hacia la parte trasera. Alcancé a ver un asiento vacío detrás del conductor pero miré el fondo semivacío. Prefería ir de pie desde luego. Para mí no iba a operar nunca el letrero de un microbús que rezaba: “Por primera vez en tu vida baja por atrás”. También llevaba mi “vaspapú” con ejemplares de Novios en la barra y otras minicrónicas regalos para mi amigo de Coatza y Deudas y temores, de Philip Roth, de setecientas treinta páginas, de las que llevaba leídas veinte. Al salir propulsado hacia el fondo, sentí el rozón de un manotazo propinado con furia pero sin puntería. Era un tipo que mascullaba: Cuando menos da las gracias... Luego se quejó con un pasajero de la otra fila. Ya nadie es educado, dijo. Ya nadie da las gracias. El pasajero lo ignoró.

Volví sobre mis pasos, trastabillante, y le pregunté, con suavidad, qué pasaba. Quizá le había dado un golpe con el “vaspapú” y mi deber era disculparme. Acababa de ofrecerme el asiento a su lado, dijo, y yo ni las gracias le di. Era un anciano de tez clara, con el puente de la nariz hundido y la cara cubierta como por una máscara de arrugas. No lo había escuchado ni visto, le dije, disculpándome. El anciano hizo un ademán como de “váyase al diablo” o más bien de “vete al diablo”. A las dos o tres cuerdas, él se desplazó hacia la ventanilla y deprisa

tomé asiento a su lado. Quería aclarar el malentendido y... superar el trauma. Le pregunté por qué estaba de malas, es decir, de cascarrabias.

El anciano empezó a platicarme su vida de un modo deshilvanado y a trompicones verbales. Era de Zacatecas, había pertenecido al Escuadrón Aéreo 201 sin haber participado en la segunda guerra mundial y vivió largo tiempo en Costa Rica y en Panamá. Tenía ochenta y ocho años de edad y al preguntarme cuántos le calculaba le dije que sesenta, por supuesto. Aunque estaba medio sordo, lo miré vigoroso y con la dentadura completa. De repente, al contestarme cualquier pregunta, repetida por mí dos o tres veces, me lanzaba a la cara su aliento “a flores marchitas”, hubiera escrito García Márquez.

Su única pregunta fue si yo era “licenciado”. Quizá lo creyó así porque llevaba un blazer azul para ir a aquella comida. Pese a mis intentos de democratizar el saco, usándolo con pantalones vaqueros, había aún quién me confundía... Cuando él estaba contándome que en Panamá visitó un prostíbulo y que una linda colombiana lo retó a hacerle el amor cinco veces y él regresó con sus amigos para recibir consejos sobre el cómo y le recomendaron pincelazos de tinta china, precursora del viagra, yo había llegado a mi destino. Así que, al despedirme, él gritó que lo buscara en el Café La Habana y le preguntara a Chelito, la mesera, por el teniente Bravo. Todas ahí lo conocían. Sí, iba a preguntar por el viejo arrecho, como dicen en el Soconusco. En buena onda, claro. Minutos después le hablé a mi amigo. Seguía en Coatzacoalcos. Viéndome el blazer semiarrugado, pensé reencontrar al teniente Bravo en La Habana. Iba a preguntarle, no importa si dos o tres veces, cómo le achataron la nariz. Hasta podríamos regresar juntos al sur de la ciudad. Parloteando como dos colegas del escuadrón. El mío, el de la muerte, el alcohólico. ■